

mente se realiza en este Departamento es de la mayor importancia para la agricultura de Cuba. Si en C. R. se hubiera continuado la tarea, a estas horas estaríamos sino a la altura de Cuba, por la diferencia en los recursos de ambos países y por el necesario eclipse que todas estas actividades habrían sufrido durante el régimen de los Tinoco, por lo menos muy cerca.

HACE poco hubo aquí una Exposición de ganado. De toda California vinieron magníficos ejemplares caballos, ovejunos, vacunos, y cerdosos. Yo fuí, tanto por satisfacer mi gusto por estas cosas como por buscar un torete que por medio de Ventura, me había encargado don Ricardo. Vi allí ejemplares bellísimos de caballos, chanchos inmensos y gordos, cabras lecheras y chivos que me llamaban la atención por ser chivos, sin poder comprender sus puntos de mérito. En vacas ví la famosa Tilly Alcatra, máquina admirable de hacer leche; tamaño rato pasé extasiado viendo esta Holstein famosa en el mundo entero; luego ví algunas otras vacas, vaquillas y toros del mismo criador y de la misma raza. Luego pasé al departamento de las Jerseys; ansiaba ver sus carillas de venado, los ojazos negros salientes, la frente hundida, los cachillos encorvados, las patas delgadas y la piel fina de estos animales. Después de tantos meses de no verlas, me fué muy placentero hallarme

con estas figuritas a quienes tanto cariño llegué a tomar en los años que pasé estudiándolas y cuidándolas; cuando en mi examen hube de pasar a las ubres y a la forma y posición de las tetas y otros detalles de su conformación que indican la capacidad lechera de una vaca, mi entusiasmo comenzó a enfriarse y para asegurarme tuve que recurrir a los records de producción, los cuales vinieron a confirmarme que no tenía delante de mí una gran cosa y entonces recordé con orgullo que allá en C. R. había hombres que habían llegado a criar animales superiores a los que allí había y recordé entonces a don Ricardo y su hato admirable de Chicué, a don Alberto González Soto, y sus lecheras de Coliblanco; recordé las ternas de vaquillas Jerseys presentadas por Sancho en una de las Exposiciones; recordé a don Alfredo Volio, a Arturo González y tantos otros entusiastas y empeñados en producir buenos animales. Sí, los animales que allí había eran muy bonitos y buenos, de mérito, pero no tan buenos ni de tanto mérito que valiera la pena llevar un torete a encabezar un hato con sangre de una «Patricas». Poco más o menos la misma impresión tuve con las Guemseys y las Ayrshires; estas últimas me llamaron la atención por la uniformidad en el color, todas blancas con pintas rojas en la cara, en el cuello y cerca de los ijares.

J. O. C.

MEJICO Y LOS ESTADOS UNIDOS

DE tiempo en tiempo, por la holgadísima vía de las agencias de informaciones, llega a la Prensa europea, como al descuido, la noticia de que el gobierno de Wáshington ha resuelto emprender la conquista de Méjico, negocio que costará tanto tiempo y tanto dinero, y cuyos beneficios comenzarán a percibirse a los tantos años. Los diarios de Madrid no han sido los últimos en dar acogida a estas noticias — «balas perdidas» de Wall Street.

Sin duda, para cierta opinión cándida, los Estados Unidos son un país venturoso donde los hombres, lanzados en el ímpetu de la acción, no sienten para nada el grave fardo de la conciencia. A veces la noticia es acogida con cierto insano apresuramiento, cuyas causas son muy complejas y largas de explicar.

Un día vimos con verdadera extrañeza, que el corresponsal de un periódico madrileño—hombre joven, de espíritu ágil y generoso—telegrafaba, desde Francia, dos o tres patrañas sobre la inminente conquista de Méjico. Y el ver que hasta los más sensatos pueden contaminarse del mal, nos de-

cide a intervenir, con el ánimo de informar a los que procuran aprender lo que ignoran.

Quien está al cabo de la verdadera opinión yanqui, sabe que la mayoría de aquel país no considera la conquista de Méjico como empresa fácil ni ventajosa. Y sabe, además, que, con excepción de algunos centros capitalistas—corruptores tradicionales de la política hispano-americana—la voz general del pueblo se ha declarado reiteradas veces contra toda intervención imperialista en Méjico, sin querer analizar siquiera la facilidad o futuros provechos de semejante «negocio».

Hojeamos, al azar, dos revistas norteamericanas: el *Liberator* de hace unos meses, que iba a la vanguardia de las nuevas propagandas sociales, y *The New Republic*, periódico que hoy representa un esfuerzo de opinión libre.

En el *Liberator* de Junio de 1919, John Kenneth Turner se pregunta si Méjico está en peligro, y se contesta que todo depende del peso de la opinión pública. Enunciada así la tesis de Turner, resulta una perogrullada. Hay que examinarla más de cerca. El autor

se expresa, como conviene ya hacerlo siempre en estas cuestiones, con gran claridad y hasta con crueldad.

¿Quién habla de guerra con Méjico? El centro de negociantes de Wall Street. Y es inútil—comienza Turner—gastar palabras para explicar lo que Wall Street busca en Méjico: Wall Street busca el control de los intereses de un grupo de capitalistas a la antigua, para quienes la honradez consiste en emplear a la canalla cuando el propio medro exige ejecutar un acto no caballeresco.

Para la opinión radical, Wall Street lo puede todo, incluso forzar la mano de los presidentes hacia la guerra mejicana. Pero esto, en opinión de Turner, no pasa de mera superstición, por lo menos en el caso actual. Si antes del 4 de Marzo de 1921, un ejército yanqui cruza la frontera mejicana, será porque el presidente Wilson lo ha decidido así por su propia voluntad, y en vista de razones que a él le habrán parecido buenas.

Ahora bien: ¿es de creer que Wilson tome semejante decisión? Imposible, si la actitud que asumió en Europa fué sincera; imposible, si hemos de dar crédito a sus promesas para con la América latina y, en particular, para con Méjico. Pero aquí Turner se declara poco confiado. Analiza una serie de manifestaciones del presidente Wilson—entrevistas, discursos, mensajes, notas de Méjico—desde Mayo de 1914 hasta Abril de 1918, y encuentra en ellas la más completa contradicción: el gran político usa de un lenguaje para hablar con los Estados Unidos, y de otro lenguaje para tratar con Méjico. En el primer caso, advierte Turner, todo es hablar del derecho que asiste a un pueblo para liquidar sus cuentas según sus propios métodos de contabilidad; todo es asegurar que la conducta respetuosa para con Méjico será, ante el resto de la América, la mejor prueba de las intenciones no imperialistas de Wáshington; todo es recordar que sus enemigos políticos dentro del país son los mismos que, a voz en cuello, piden que se les garantice la ganancia en sus negocios mejicanos. En el segundo caso, todo es conminar con la intervención, y dar plazos a los caudillos mejicanos para que restablezcan el orden; todo es reclamar los privilegios de los mineros y petroleros, de quienes dice ser enemigo. Todas las obligaciones y dificultades que Wáshington opone a Méjico tienen por fin discutir una tarifa o defender una situación jurídica que favorece a los explotadores yanquis. Finalmente, la situación de la República Dominicana, así como la de Haití, hacen comprender—asegura Turner—que el Presidente sólo se reporta en el caso de Méjico porque éste no podría